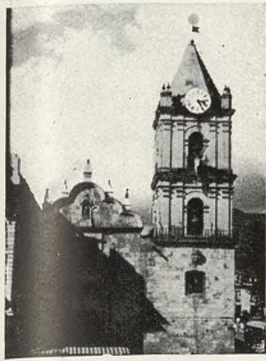


B O G O T Á

E R A H E R M O S A



Recostada en la falda de sus cerros andinos, con las rocas verdes del Monserrate por dosel y la llanura variopinta de la "sabana" como alfombra. Bogotá era hermosa en los comienzos de abril. Se reunía en su seno la IX Conferencia Internacional Americana, y ella estaba recién acicalada, como una buena moza en día de fiesta: avivado el color, limpia y peinada, luciendo las joyas antiguas del arcón de los abuelos y las últimas galas urbanísticas, costosamente mercadas para la gran ocasión.

Bogotá estaba hermosa en los comienzos de abril... El cogollo español de Santa Fe—¡qué nombre cristianísimo de nostalgia andaluza!—relucía como el casco simbólico de la Nueva Granada, entreabriendo sus granos

de rubíes. Las angostas carreras longitudinales y las calles que trepan por los cerros ostentaban con orgullo, enjalbegadas de nuevo, esas nobles y pintorescas casonas santafereñas, entre andaluzas y montañesas, que tienen aleros grandes y balcones voladizos, severos portones y patinillos encantados. El palacio de San Carlos, morada del Libertador Simón Bolívar y luego de los presidentes de Colombia, exhibía la felicísima restauración de su claustro y sus estancias, alhajadas con gusto y con riqueza. El inmediato Ministerio de Relaciones Exteriores, otro palacio de excelente traza, ofrecía sus salones suntuosos a los diplomáticos extranjeros. Las iglesias y los conventos de Santa Fe—hermanos menores de los de San Francisco de Quito, con su mismo barroco de oro y rojo, retorcido y ardiente como en llamas—robaban la mirada en las plazoletas silenciosas, con sus líneas humildes restauradas con amor. Sobre la Plaza Mayor del viejo burgo, contra el telón de fondo de los cerros, la Catedral colocaba su mole herreriana, recién terminada de acuerdo con los planes inconclusos de España, toda en piedra dorada y encendida, para el beso del sol en el ocaso. Y enfrente de ella, como un templo griego del nuevo culto de la Democracia, el Capitolio abría su espléndida columnata neoclásica y su majestuoso Salón Elíptico para la Asamblea de las Américas.

Bogotá estaba hermosa en los comienzos de abril... Arrancando del núcleo fundacional, la antigua Calle Real del Comercio, hoy Carrera Séptima, alineaba sus tiendas y sus almacenes modernos, colmados de toda clase de mercaderías; reposaba un momento en el cruce de la Avenida Jiménez de Quesada, esa Gran Vía naciente sobre el cauce de un antiguo río; contemplaba el bello palacio de la Gobernación de Cundinamarca junto a la silueta monacal de San Francisco, y se engolfaba después entre rascacielos adolescentes, heraldos de la nueva faz de la ciudad, camino de los grandes parques panorámicos y de los barrios residenciales suntuosos, donde las masas verdes del arbolado ciñen a centenares los palacetes de ladrillo rojo y piedra rubia, uniformados de un gótico Tudor.

Bogotá estaba hermosa, sonriente y crecida, vacilando todavía entre continuar su carrera vertical al pie de los cerros o tenderse en el llano junto a su novísima Avenida de las Américas, trazada como una flecha en la "sabana" hasta el aeródromo continental de Techo. Bogotá estaba hermosa, segura de sí misma en el momento de su transición a gran metrópoli, consciente de su belleza secular de estirpe hispánica y de su alto destino al frente de un gran pueblo, dueño de un envidiable porvenir.

* * *

Un crimen político abominable, arteramente explotado—si es que no preparado—por el monstruo sin patria del comunismo, desató sobre Bogotá una ola de crimen y destrucción sin ejemplo. Hordas incendiarias y sacrílegas, obedeciendo exóticas consignas, arrasaron la capital en veinticuatro horas, causando mucho más daño en sólo un día que un ejército enemigo en varios meses de asedio y de botín. Han ardidado íntegramente los Ministerios de Relaciones Exteriores, Educación y Justicia; los Tribunales y la Policía; la Nunciatura y el Palacio Arzobispal; el diario El Siglo y el edificio de Correos; toda la plaza de San Victorino y manzanas enteras de las calles comerciales. Han sido saqueadas casi todas las tiendas céntricas, con veinticinco millones de pesos colombianos en pérdidas. Han desaparecido entre las llamas hoteles y librerías, almacenes y casas de habitación. Ni siquiera se han respetado las casonas del barrio de la Candelaria, el convento de la Concepción y otras reliquias virreinales. Hasta el palacio de San Carlos está en escombros. Al pie del balcón que salvó la vida de Bolívar en la "nefanda noche septembrina" de 1828, la lápida hoy quebrada y entre ruinas parece el testimonio más elocuente de este 9 de abril de 1948, día nefando más que aquella noche.

* * *

Bogotá, que era hermosa en los comienzos de abril, es una ciudad arrasada ahora, cuando los representantes de todos los pueblos de América se han congregado en la Quinta de Bolívar—ese "carmen" granadino milagrosamente salvado de la destrucción—para estampar sus firmas en la Carta constitutiva de la Organización de los Estados americanos. Pero así como la decisión del Gobierno de Colombia frustró felizmente la maniobra del comunismo internacional, el esfuerzo de todos los bogotanos, bajo la dirección de su genial alcalde, Fernando Mazuera, levantará en pocos años una Bogotá mucho más grande, digna de sí misma y de la patria colombiana.

Y entonces Bogotá será todavía más hermosa, recostada en la falda de sus cerros andinos, con las rocas verdes del Monserrate por dosel y la llanura variopinta de la "sabana" como alfombra...



ARRIBA: LA CATEDRAL DE BOGOTÁ Y EL MONSERRATE, AL FONDO, VISTOS DESDE EL CAPITOLIO, ENGANALANADO CON LAS BANDERAS DE LA CONFERENCIA PANAMERICANA. EN EL CENTRO: RUINAS DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES. ABAJO: UN ASPECTO DEL ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA EL COLEGIO APOSTÓLICO. INCENDIADO POR LOS REVOLUCIONARIOS.

